



LOVE
TRAVEL

LAS MEJORES HISTORIAS DE VIAJES SUELEN SER TAMBIÉN DE AMOR. DÉJATE CAUTIVAR POR LA EXPERIENCIA DE VIAJAR CON ESTOS RELATOS DE PASIÓN Y DE AMISTAD, DE ESPERANZA Y DE DESAMOR; HISTORIAS INOLVIDABLES GRACIAS A LOS LUGARES DONDE OCURRIERON.

Imágenes para recordar

Tras una década viajando juntos, Colm Tóibín piensa en las fotos que tomó su pareja... y en las que no.

A

VECES FANTASEO CON QUE ALGÚN DÍA, cuando nos hagamos viejos, te pediré que busques y ordenes las fotos que hiciste todas las veces que estuvimos de vacaciones. También querré que me enseñes todas esas escenas que grabaste con el móvil, como aquel primer viaje juntos en vaporetto por el Gran Canal de Venecia, o la línea de volcanes que se veía a lo lejos en el desierto de Atacama desde el coche que nos llevaba al valle de la Luna.

Yo me encargué de los planes y tú de las fotos. Me preguntaré si habrás conseguido encontrar las fotos de Sri Lanka, como esa que tomaste de los monos que se asomaron a nuestra ventana mientras me bañaba en el hotel Heritance Kandalama. Me encantaría verlas, todas ellas, hasta las del conductor que nos llevó hasta la falda del monte sagrado de Sigiriya, que después subimos entero a pie.

Me preguntarás por qué sonrío y te responderé que es porque recuerdo que, en todas esas tardes tras las excursiones, nunca tuvimos que sentarnos a ponernos de acuerdo sobre qué hacer al día siguiente. Todo parecía ocurrir por acuerdo tácito. En Roma, a ambos nos pareció, después de ver *La conversión de San Pablo*, de Caravaggio, junto al altar principal de la Iglesia de Santa María del Popolo, que merecía la pena pasarse los siguientes días buscando otras obras del pintor por la ciudad.

Confieso que muchas veces me ha podido la glotonería. Puede que haya sido mi único defecto. En este futuro imaginado, meneas la cabeza cuando, incluso tantos años después, recuerdas que pedí tres bolas de helado cuando paramos a descansar en Venecia. Yo te pido ver las fotos de cuando me atacaron las palomas en Río.

Estábamos en Ipanema, en la playa, y había una mujer cocinando gambas. No me pude resistir y me pedí la ración entera. Tenían un aroma delicioso, pero eso fue prácticamente lo único que pude disfrutar. Todas las palomas de la bahía descendieron sobre mí y las gambas en ese momento, con sus ruiditos de ave carroñera. Las más afortunadas dieron buena cuenta de las gambas, y las que llegaron tarde se tuvieron que contentar con abofetearme la cara con las alas y arañarme la calva con las garras.

Por supuesto que todo el mundo se acercó a ver el espectáculo. Hombres, mujeres y niños vinieron a reírse a carcajadas del turista de las gambas. La cocinera también se acercó, pero no para reírse sino para traer la cuenta.



¿Por qué, me preguntaré entonces, no aprendí la lección en esa playa? ¿Por qué me pedí las patatas grandes en Miami Beach? ¿Cómo no vi que soy el hazmerreír de las palomas de todo el mundo, que cuentan chistes sobre mí y cuentos para hacer reír a sus polluelos? ¿Por qué me sorprendió cuando todas las palomas de Miami vinieron a por mis patatas?

Tú no te pediste ni gambas ni patatas, recordaré. ¿Qué hacías mientras a mí me atacaban sin piedad esas hordas de pájaros oportunistas? ¿No tendrás alguna foto de una paloma huyendo con una gamba en el pico?

Recuerdo también las vacaciones en Santorini y en Tinos, cómo investigué hasta decidirme por el glamour y la belleza

del primer destino y la familiaridad del segundo. En Tinos te pedí que aparcaras, pero decidiste, en toda tu bondad y preocupación por mí, que ya era hora de enseñarme. Y tenías razón, pero quizá no fuera el momento ni el lugar. Pero te pareció que tenía que aprender en ese preciso instante.

Mientras discutíamos, se reunió a nuestro alrededor, como avisado por las palomas, un corro de gente con mucha curiosidad por lo que nos estábamos diciendo y por el pobre coche parado ahí en medio. Ahí fue una suerte que estuvieras demasiado enfrascado en la discusión como para ponerte a sacar fotos.

También allí nos fijamos en aquella alfombra roja extendida por el bulevar que llevaba a la iglesia, por la que avanzaba

© Colm Tóibín, autor nominado al premio Booker, ha viajado a doce países con su pareja, Hedi El Kholi, y nunca ha tomado una sola foto en ninguno de ellos.

gente a gatas. Sabía que tendrías suficiente respeto como turista para no sacar la cámara cuando nos cruzamos con una mujer de mediana edad con un bebé a la espalda. Quién sabe qué penitencia estaría cumpliendo o qué estaría rogando.

No tenemos fotos de aquel viaje. Las sacaste con el móvil y parece que te lo hackearon y lo borraron todo. Pero, por esta vez, no necesitamos fotos. Yo te cuento cómo era aquello. El hotel de Santorini que se fusionaba con la roca, el atardecer sobre el mar que se veía desde nuestro balcón. Quédate y te lo cuento todo.

Subimos a un monasterio en lo alto de una colina, y había un pájaro tallado en la roca. Ahí en medio de esa superficie de piedra, solitario y sin más adorno, en ese lugar elevado, con la extensa planicie y el mar alrededor. Alguien de los tiempos en los que se escribieron las grandes obras de teatro griegas, cuando la mitología era parte de la vida cotidiana, grabó la silueta de un ave allí, y ha sobrevivido hasta hoy.

Olvídate de las fotos un momento. Quédate conmigo. Te quiero hablar de ese pájaro, de la silueta en la roca. ♥



Tendencias

El gran día vuelve a lo grande

Vuelven las bodas internacionales, más espectaculares y más duraderas que nunca.

TRAS DOS AÑOS DE CANCELACIONES, RETRASOS y celebraciones reducidas, el universo de los eventos vuelve a lo grande y dispuesto a recuperar el tiempo perdido. “Con las vacunas la gente está más confiada”, explica Laurie Arons, la organizadora de bodas de lujo que lleva la empresa Laurie Arons Special Events, dedicada a planificar enlaces en ubicaciones de ensueño.

© La tendencia apunta a vacaciones con boda, que incluso pueden alargarse varios días. ¿Qué tal un plan en Grecia al estilo del de Mamma Mia?

Incluso sin saber qué efecto a largo plazo tendrá la vacuna contra la variante ómicron (y contra lo que esté por venir), las parejas prometidas están haciendo sus planes para reunirse en grupos grandes y adaptándose según llegan las noticias. “La gente quiere casarse y tener hijos, el amor no es algo que pueda esperar. Y no pasa nada, es algo bonito, siempre que se haga con seguridad y medidas de prevención”, dice Guerdy Abaira, organizadora de bodas y diseñadora de eventos. Para evitar los contagios, una buena cantidad de profesionales como Abaira ha establecido estrictos protocolos, como el requisito de tener las vacunas al día. Las medidas de prevención, tipo realizar pruebas rápidas a la entrada, también ayu-

Foto: Universal Studios Ilustración: Karliotta Freier.

dan a tranquilizar a todo el mundo. Pero en una pandemia no hay certezas, por eso muchas parejas han decidido quedarse en casa para celebrar el gran día o, al menos, no irse tan lejos. Hace poco, una pareja tuvo que cambiar su boda en las Islas Vírgenes Británicas por los protocolos de cuarentena. Al llegar, era obligatorio que la gente se quedase 24 horas en sus habitaciones esperando los resultados de las PCR, y la logística se volvía demasiado complicada. Por mucho que ilusione una boda en el extranjero, un plan más práctico y cercano garantiza que los invitados puedan llegar. Al final, lo más importante es tener a los seres queridos presentes.

Toda esta incertidumbre se junta con la enorme lista de reservas, en la que están las bodas pospuestas desde la cuarentena y las que no pudieron hacerse en el extranjero, lo que ha generado un cambio en los plazos que se manejan en la organización de bodas. Un proceso que solía durar entre doce y dieciocho meses se ha reducido a poco más de tres. Se ha vuelto más importante que nunca adaptarse a los cambios y celebrar los eventos en el momento preciso, cuando todo el mundo está sano y de humor para disfrutarlos.

Esto significa que, a veces, hay que dar el “sí, quiero” un jueves o un viernes. Lo habitual hasta ahora era llegar un sábado al lugar de la boda y marcharse al día siguiente, pero ahora, con estas nuevas necesidades de cuadrar horarios, se están organizando los ritmos de otra manera. Casarse un viernes significa que los invitados se quedan para la celebración y echan el sábado allí, un estupendo día en compañía como colofón de la boda. A todo el mundo le está encantando lo de las vacaciones con boda, y muchas parejas optan por organizar planes de tres o incluso cinco días seguidos. “En todo el tiempo que llevo dedicándome a esto, nunca había visto tal dedicación por parte de los novios al organizar experiencias para su familia y amistades. Tienen muchísimas ganas de empezar su vida de casados con esos días en una burbuja en la que solo existe la diversión con los suyos”, explica Marcy Blum, organizadora de bodas exclusivas que trabaja desde Nueva York y Florida.

KATIE JAMES WATKINSON

TIPS DE VIAJE

PARA LA PAREJA

Planificad el viaje para llegar al lugar donde se celebrará la boda al menos un par de días antes del inicio del evento. Así podréis solucionar cualquier problema de última hora que pueda surgir y descansar antes de que empiece la fiesta.

PARA INVITADOS

No vayas a la boda con la idea de llegar y marcharte cuanto antes y aprovecha la oportunidad que te brinda estar en un lugar nuevo. Por ejemplo, si la boda es en Cancún, puedes hacer una excursión a Mérida, que está a dos horas en coche, para conocer una cara muy diferente de Yucatán.

PARA ORGANIZADORES

Quienes saben de esto aseguran que lo mejor es solicitar presupuestos de hotel para unas noches más después del propio día de la boda, incluso si no hay eventos programados, para que la gente que quiera quedarse un poco más tenga oportunidad de hacerlo.



Historia real

UNA CÁLIDA BIENVENIDA

CHARLOTTE MITCHELL, CAPITANA DE YATE, CUENTA CÓMO PRESENCIÓ UN COMIENZO PRECIOSO.

He visto varias pedidas en barcos, casi todas bastante parecidas. Suelen ser en la proa, muchas de ellas en Nueva York, mientras pasamos por delante de la Estatua de la Libertad. Pero a finales del verano pasado, en un viaje por las islas Eolias, vi una que se me quedó grabada. Llevaba a un grupo de tres parejas de California. Una de ellas quería hacer senderismo por el Estrómboli; él era geólogo y tenía muchísimo interés en verlo de cerca. Tardamos un poco en llegar porque nos cruzamos con una manada de delfines, un buen presagio para navegantes, y los seguimos un rato. Me fijé en que el chico andaba nervioso y me hizo gracia que tuviera tantas ganas de subir al volcán. Llegamos por la tarde y hacía un calor considerable, pero echaron a andar de todos modos. Cuando volvieron, él venía con una sonrisa de oreja a oreja y ella emocionadísima y con un anillo en el dedo. Le había pedido matrimonio sobre la lava solidificada de la última erupción en la cima del volcán. Los recibimos con vítores y aplausos. El chef sacó champán y dimos una vuelta a la isla para disfrutar de las vistas frente a las que ella había dado el sí. Llamaron a la familia desde el barco con el volcán de fondo, y me pareció muy poético. Fue todo tan emotivo que hasta se me escapó una lagrimita...



CARLA LÁZARO & ÁLVARO CARRILLO

Lo de Carla con la isla indonesia de Rote fue amor a primera vista. Tanto, que en 2015, abrió un pequeño refugio para amantes de la naturaleza y el surf: Bo'a Vida. Con Álvaro, el flechazo llegó en forma de reencuentro (habían coincidido en la universidad): ella quería ampliar el hotel y necesitaba un arquitecto. Él andaba en busca de nuevos retos –y buenas olas–. En estos momentos están inmersos en la ampliación de Bo'a Vida y acaban de tener una niña.

“Lo mas gratificante es ver cómo algo en lo que has invertido mucho tiempo y dedicación toma forma y hace tan felices a otros.

Aquí todo se magnifica: los atardeceres más maravillosos, el agua más cristalina, el aire más limpio... y, sin embargo, si algo falla, todo es más complicado. **Somos nómadas:** tenemos la sensación de no vivir en ningún lugar. Nos movemos según las temporadas de verano e invierno y el desarrollo de los proyectos.

Nuestra hija es el gran acontecimiento de nuestra vida y estamos deseando volver a Indonesia con ella”.



Fotos: Ryan Wijayaratne, K. Wisan Puengprasert, D.R.

BILL BENSLEY & JIRACHAI RENGTHONG

Bentley es arquitecto y lleva, junto a su marido horticultor, Rengthong, un estudio de diseño de hoteles. Han creado más de 200 propiedades, entre ellas el reciente hotel The Slate, en Phuket.

“Nos conocimos en 1989. Vi a Jirachai en una fiesta, bajando por las escaleras, y lo supe en ese mismo momento. Nos mudamos juntos a una casa con un jardín prácticamente vacío y, en solo un año, lo transformó en un paraíso.

Funcionamos bien juntos porque cada uno tiene sus propios proyectos, así que no nos pisamos mutuamente.

Nuestro lugar de escapada favorito es la zona más silvestre de Mongolia, uno de los pocos lugares que el mundo no ha estropeado aún. Se puede pasar semanas allí sin ver un alma”.

JESSICA FERNANDO & RENATO SOTO

Abrieron su residencia para artistas, Mond, en la costa sur de Sri Lanka en 2019. Su próximo proyecto es Studio Mond, una colección de obras creadas en colaboración con artesanos de la zona.

“A medida que evoluciona nuestra relación de pareja, también evoluciona el trabajo que hacemos juntos. Procuramos mantener la flexibilidad y hablar las cosas cuando surge alguna dificultad.

Nuestro alojamiento favorito es Tonnara di Scopello, en Sicilia. En 2015, nos fuimos de viaje por Italia con poco más que un colchón en el maletero de la Volvo. Casi siempre aparcábamos por la costa o en el bosque, pero en una ocasión nos dimos el capricho y nos quedamos en uno de los apartamentos de esta antigua envasadora de atún.

Nuestro sitio favorito para tomar algo es el bar Sacchi, de nuestro amigo Claudio, que está en Zúrich y sirve vinos naturales. Cada vez que vamos nos sirve sus últimos descubrimientos”.



Brindis por la amistad

Tras un tiempo sin verse, Ada Limón y sus dos mejores amigas se reúnen en Sonoma, una de las más celebres regiones vinícolas de California.

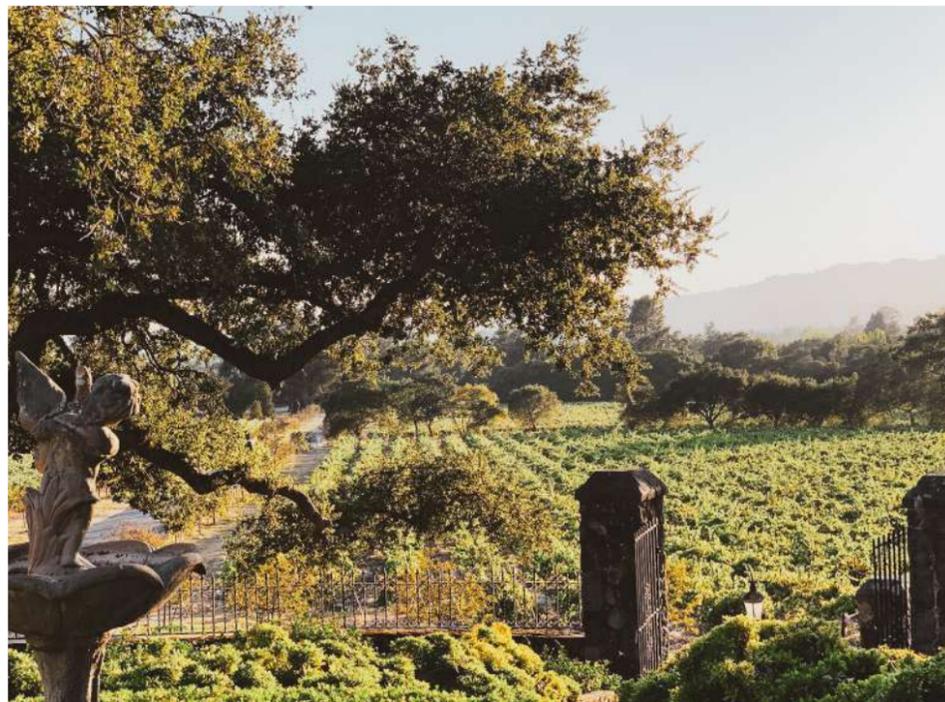
H

ACÍASI CASI DOS AÑOS que no nos juntábamos las tres, y es que la pandemia, el trabajo y la vida en general no nos lo habían puesto fácil. Hace más de 20 años, cuando vivíamos en Brooklyn, éramos inseparables. Dos años es muchísimo tiempo para gente como nosotras, así que no perdimos un instante y, cuando estuvimos todas vacunadas, volvimos a encontrarnos en Sonoma, California.

Yo nací en Sonoma y pasé buena parte de mi vida allí. Mis padres y bastantes de mis amigos siguen viviendo allí. Hasta tengo la inmensa suerte de contar con un apartamento al que voy a escribir, en las montañas Mayacamas. Ni siquiera cuando era pequeña se me escapaba que aquella región, con sus verdes colinas y bodegas clásicas, tenía como prioridad absoluta los placeres del paladar.

Y paladear es justo lo que nos dedicamos a hacer las tres en el reencuentro. Tras tantos meses de aislamiento y distanciamiento social, nos reunimos en las Mayacamas para intentar recordar lo que era el placer. T y H llegaron justo antes de que se pusiera el sol, y nos sentamos junto a la piscina, con mi familia y mis amigos, a disfrutar de unos quesos y embutidos espectaculares y de un delicioso salmón a la parrilla. Tras varios brindis, la tensión incómoda se fue disipando y empezamos a relajarnos de verdad.

No podía dejar de mirar a T y a H, de tocarlas, no paraba de agarrarlas de la mano, tan emocionada como estaba de tenerlas delante al fin. Estábamos juntas en un momento en el que incluso querer



estar con gente te hace sentir culpable. Pasamos varios años en la misma ciudad, y hasta compartimos piso en Brooklyn, pero nuestras vidas han ido tomando rumbos distintos y ahora estamos mucho más lejos de lo que nos gustaría. T seguía en Nueva York y se había pasado la mayor parte de la pandemia en cuarentena estricta; H había cruzado el país durante la peor parte del confinamiento para mudarse a California; y mi marido y yo estábamos atados a Kentucky por su trabajo en el sector equino. Con todo, logramos coincidir en las Mayacamas. A nuestro alrededor teníamos un gran viñedo ecológico y vistas al inmenso valle, a la bahía de San Pablo y a San Francisco. La verdad es que tuve que contener las lágrimas en varias ocasiones. Pero había cosas más importantes que hacer que llorar, como ponernos al día. Igual que hacemos siempre, retomamos desde donde lo dejamos como si no hubiese pasado un día. Nos reímos juntas, empezamos a terminarnos las frases mutuamente y a hacernos comentarios sarcásticos, nos soltamos como solo se puede en la intimidad. T no paraba de llamar a los viñedos “campos de vino”, y el nombre nos hacía muchísima gracia, así que nos reímos a carcajadas mientras nos servíamos una copa tras otra.

Las amistades de verdad tienen cierta cualidad atemporal. Cuando fuimos a Marshall al día siguiente a comer ostras a la barbacoa, nos sentimos como si volviéramos a tener veinte años.

Ada Limón es poeta y ganadora del National Book Critic Circle Award por su colección de poesía *The Carrying*.

Nos sentamos en una mesa al sol en la bahía Tomales, sintiéndonos diferentes, pero a la vez las mismas personas que en su día bebían cerveza barata en un antro de Brooklyn. Esa noche, fuimos a comer pollo frito al Valley Bar + Bottle. Seguimos con una degustación de chocolates y cata de vinos bajos los altísimos eucaliptos del terreno de Bartholomew Estate Vineyards and Winery mientras recordábamos los viejos tiempos.

Volvíamos a nuestra base antes de cada atardecer, subíamos las escaleras y nos sentábamos en el lugar con mejores vistas para contemplar, vino en mano, cómo el cielo se teñía de colores mientras el sol descendía tras las montañas de Sonoma. Mi valle natal siempre ha sido muy de sabores, pero aquel viaje tuvo algo más. Fue un viaje para salvarnos mutuamente, para recordarnos la comodidad, el placer y la felicidad, para apreciar la suerte que tenemos de haber llegado tan lejos juntas. ♥

Tendencias

Cada instante cuenta

Los recién casados ahora exigen mucho más que antes a su luna de miel.

SE ACABARON LAS LUNAS DE MIEL dedicadas a no salir del hotel en una semana. Muchas parejas de viajeros, en especial esas que llevan esperando dos años espantosos para poder celebrarla, han convertido sus vacaciones de recién casados en el viaje más importante de sus vidas. Lo sentimos por las playas de arena blanca, ahora tocan viajes de ver, hacer y experimentar todo lo posible. Si algo nos ha enseñado la pandemia es que el tiempo es valioso y limitado, y hay que exprimir cada instante. Las lunas de miel se están convirtiendo en una inversión más.

Para muchas parejas, este cambio de mentalidad se traduce en estancias más largas, de entre dos y cuatro semanas, y en un gasto mayor. Si hace falta tirar de ahorros, se hace, todo con tal de disfrutar de la mejor habitación o del transporte más cómodo. También hay una tendencia creciente a elegir destinos algo menos típicos. Las escapadas románticas para relajarse están muy vistas, y ahora toca safari por la sabana africana o crucero por las Galápagos. Las parejas LGBTIQ+, que suelen tardar más en casarse y han tenido más tiempo de noviazgo para acostumbrarse, están siendo las primeras en apuntarse a esta tendencia.



CUÁNDO IRSE DE LUNA DE MIEL

NORUEGA

Reserva tu crucero para principios de abril y recorre la extensa costa noruega, entrando en rías y bahías recónditas, disfrutando de sus paisajes sin preocuparte por las maletas.

POLINESIA FRANCESA

Si evitas la temporada alta y reservas entre abril y mayo puedes conseguir una habitación con vistas al monte Otemanu, como las del Intercontinental Bora Bora Resort & Thalasso Spa. *Habitaciones dobles desde 816€; ihg.com.*

SUDÁFRICA

El mejor momento para avistar animales es entre los meses de abril y octubre, y el Singita Ebony Lodge, en el extremo sudeste del Parque Nacional Kruger, tiene unos paisajes fantásticos para ello (*desde 1995€ por persona; singita.com*).

JAPÓN

Si buscas temperaturas suaves y menos multitudes, viaja a mediados de mayo. El Four Seasons Hotel de Kyoto es buen punto de partida. En el Sasayuri Ann, un ryokan de Fukano, puedes disfrutar de paisajes montañosos antes de continuar hacia el Aman, en Tokyo.

GRECIA

Pasar el verano en Mykonos y Santorini es ya un clásico. En Canaves Oia Santorini saben tratar a las parejas de luna de miel, así que es un sitio maravilloso en el que dejarse mimar (*habitaciones dobles desde 891€; canaves.com*).

ITALIA

Tanto la temporada alta, entre julio y agosto, como los meses de junio y septiembre son perfectos para visitar la costa Amalfitana. Il San Pietro di Positano siempre merece la pena, con su entorno natural y su ambiente tradicional y acogedor.

Foto: D.R. Ilustración: Karlotta Freier.

MALDIVAS

La estación seca, entre noviembre y abril, es la mejor época. Las lluvias limitan la actividad al aire libre en un lugar con unos arrecifes de coral de riqueza fascinante. Cuando el tiempo no acompaña, es agradable pasar tiempo en una de las villas de sus muchos resorts.

HAWÁI

Diciembre en O'ahu significa surf y avistamiento de ballenas. Desde el Turtle Bay Resort se llega rápido a Ehukai Beach Park, donde se encuentra la famosa rompiente Banzai Pipeline. La belleza natural del paisaje hace que merezca la pena pasar por allí aunque sea para quedarse en la arena.



Maldivas es uno de los destinos favoritos de los recién casados en España. En la imagen, la nueva Beach Bubble de Finolhu Maldivas.

Por ahora, mientras los requisitos de entrada de cada país están cambiando constantemente, la mayoría prefiere limitarse a uno solo. Pero que el viaje sea sencillo no significa que sea aburrido. Un recorrido por varias de las Islas Vírgenes Británicas, o por las de Hawái o la Polinesia Francesa, ofrece experiencias más que de sobra. Además, pasar menos tiempo en ruta permite disfrutar más de cada destino y sumergirse de verdad en la cultura local. Esto es lo que han aprovechado profesionales como Tisha Neufville, fundadora de Neufville Travel, que están ofreciendo lunas de miel con experiencias plenamente integradas en el país de destino. ¿Qué tal suena una clase de *muay thai* en un local totalmente equipado de Bangkok? ¿Y un tour gastronómico con el chef Yukari Sakamoto por los *depachika* de Tokyo? Para los más aventureros, también se puede navegar por los fiordos noruegos al atardecer en un barco tradicional de madera.

Por más ganas que tengan todas esas parejas de hacer las maletas y salir cuanto antes, otra de las lecciones de la pandemia ha sido la paciencia. Algunas están organizando viajes menos ambiciosos y más cerca de casa tras la ceremonia y se reservan el viaje a lo grande para más adelante. Pero el momento preciso no es fácil de identificar, y esperar demasiado también puede traer sorpresas. No es infrecuente que ocurran embarazos en estos momentos de espera, por ejemplo. Aunque tampoco hay por qué cancelar planes: dos o tres semanas de viaje inolvidable antes de la llegada del bebé pueden ser el plan perfecto. k. j. w.



Historia real

VIVAN LAS BODAS

BRENDAN PAUL, EL IMITADOR DE ELVIS QUE LLEVA LA FAMOSA CAPILLA GRACELAND, NOS HABLA DE CÓMO OFICIÓ UNA BODA INOLVIDABLE.

Las Vegas es el lugar más famoso del mundo en el que casarse, y muchas parejas tienen la boda aquí en su lista de deseos. Hace 19 años que compré la capilla, y recibí la ordenación cuando se legalizó el matrimonio igualitario. Muchas de las capillas que había por aquí cerraron después de aquello: los curas se negaban a officiar las bodas. Pero yo, que me crié en Los Ángeles en los 80 en plena escena punk, obviamente no tuve este problema. En mi capilla se escucha a los Dead Kennedys y no es ningún secreto que tengo muchos amigos LGTBIQ+. Muchas de las parejas a las que caso vienen desde Texas, donde las cosas no están tan fáciles. Pero también viene gente de todo el mundo: Brasil, Dubái, Alemania... Antes del brote de Covid-19, casaba a unas 4.500 parejas al año, todas de otras partes del mundo. Una vez, hace unos años, vino una pareja de Países Bajos. Él tenía cáncer, y le quedaban pocos meses de vida. Era su último viaje juntos, y habían recorrido lo que queda de la ruta 66 para terminar en Las Vegas con su boda. Cuando pronuncié las palabras "en la salud y en la enfermedad", se me quebró la voz. Fue un momento triste, pero también conmovedor, y cumplimos su deseo.



MARTA DE LA RICA & JAVIER DE LA RICA ARANGUREN

Marta tiene un estudio de interiorismo y su padre es financiero y experto en antigüedades. Ambos llevan Gaztelur, un restaurante y tienda de antigüedades y flores en Arcangues, en el País Vasco francés.

“Mi padre me ha inculcado esta pasión que he convertido en profesión. Gaztelur es un marco perfecto en el que pueden surgir muchas cosas. Me gusta muchísimo trabajar en familia, normalmente hay una confianza y un conocimiento del otro muy natural y muy sincero”, cuenta Marta, que ha vivido en Nueva York, París y Londres y sueña con viajar a Alaska. A Javier le apasionan los lugares donde se respiran la historia y el arte (y Marrakech por su magia).

Fotos: D.R., Rigotang.



CYRIELLE ASTAING &
JULIEN PHOMVEHA

La directora de arte Astaing y el fotógrafo Phomveha abrieron en 2015 el riad Le Jardin Secret en Marrakech y ahora están centrando sus esfuerzos en varios proyectos de interiorismo.

“Somos socios en todos los sentidos posibles. Nuestra pasión por el arte, por los muebles antiguos y por las técnicas tradicionales marroquíes nos ha llevado a crear interiores auténticos con un toque contemporáneo para Le Jardin Secret. Cyrielle crea obras nuevas con su irrefrenable impulso creativo y yo me encargo de buscar los materiales y a los artesanos que hacen falta para hacer realidad sus ideas.

Nuestra forma favorita de olvidar nuestras preocupaciones es tomarnos algo en La Mamounia, que lleva desde 1923 siendo una auténtica institución en Marrakech”.



Una llama eterna

La escritora Elif Shafak habla de su historia de amor con Estambul.

LO LARGO DE LA HISTORIA, han sido muchos los poetas y artistas que han imaginado Estambul con carácter de mujer. La han personificado y han hablado de ella como una mujer poderosa, resiliente, impresionante, testaruda y hermosa. A veces cuesta entender por qué:

sus calles sinuosas, sus aceras, sus plazas, sus cafeterías y, en esencia, todo el espacio urbano pertenece de forma innegable a los hombres. Y más aún después del anochecer. Pero pese a esto, a mí me gusta esta tradición artística ancestral, y la conservo por un motivo. Deseo que esta feminidad tome de verdad su espacio, que las mujeres reclamen su presencia pública y conecten con el alma de la ciudad, con esa esencia poderosa y firme que existe bajo todas esas obras, atascos y ruido incesante.

Yo no nací en Estambul. Soy, de hecho, de muy lejos, de Francia. Aunque nací en Estrasburgo, mis padres se separaron cuando yo era pequeña y mi madre se mudó conmigo a Ankara, donde me crió mi abuela. En aquella casa de Turquía no faltaban las supersticiones, las historias ni la comida. Cuando cumplí los 18, tenía dos certezas sobre mi vida: que quería hacerme escritora y que necesitaba irme a vivir a Estambul cuanto antes para hacer realidad este sueño.

En mi imaginación, Estambul era una ciudad líquida y estruendosa, un río bravo de montaña que nunca terminaba de estarse quieto, que cambiaba y que fluía, siempre buscando, siempre curiosa. Sentía que me llamaba, era un impulso irracional que no sabía explicarme a mí misma pero que tampoco era capaz de ig-

Fotos: María Casbas, Tom Patker.

norar. Me mudé a Estambul sola, sin conocer a nadie, a una calle que se llamaba Cuesta de los caldereros. Quedaba al lado de la famosa plaza Taksim, el corazón de la ciudad. La calle era antigua y estrecha, siempre animada y caótica y llena de risas y voces. A la entrada había un santuario que asomaba entre los bloques de apartamentos, donde acudían mujeres de todas las edades a encender velas o a anudar trozos de tela de colores vivos. Cada vez que pasaba por delante me paraba a observar el lugar y a preguntarme qué oraciones y plegarias murmuradas llegarían a ese santo sin nombre.

Coloqué mi máquina de escribir amarilla junto a una ventanita de mi piso y empecé a escribir. Terminé una novela allí mismo, y luego otra, mientras el sonido de las teclas se entremezclaba con el de la partida de backgammon de la tetería de enfrente. Al final de la calle había un bar de copas, y siempre escuchaba los tacones de las mujeres que trabajaban allí cuando pasaban con cautela sobre los adoquines quebrados. Cuando llovía, el repiqueteo de las gotas en los tejados y, cuando amainaba, el aullido del viento y los graznidos hambrientos de las gaviotas. Llevo todos estos sonidos conmigo, los dados, las aves, el eco de los pasos de una bailarina en una calle oscura.

Elif Shafak, nominada al Premio Booker, acaba de publicar su decimonoveno libro, *La isla de los árboles perdidos*.

Me enamoré, y no solo de la ciudad en sí. Pasaron años, me mudé a casas diferentes, a otros barrios. Me casé, mis dos hijos nacieron en Estambul. Allí conocí el amor, la sororidad, la creatividad, pero también el dolor, la soledad y la censura. Llevo Estambul al cuello como si fuese un collar de turquesa.

La historia de Estambul es larga y compleja. Cabría pensar que una historia de este tipo iría asociada a una buena memoria, pero no es así en absoluto. La gente en Estambul tiene una especie de amnesia colectiva que hace que la ciudad entera esté llena de historias, pero también de silencios. Y son esos silencios a los que yo quería dar voz. Quería observar la periferia, a la gente marginalizada, oprimida, olvidada. Comprendí con el tiempo que Estambul es mucho más que la deslumbrante ciudad que venden los folletos del Ministerio de Turismo. Hay muchas capas de Estambul que se enfrentan entre sí, luchan y coexisten, y la ciudad sobre la que yo escribí muestra una cara muy diferente.

Llevo muchísimos años sin volver a Estambul, pero no la he abandonado. Nunca llegamos a irnos del todo de los lugares que amamos, aunque estemos a varios continentes de distancia. Los pequeños detalles son los más duros cuando eres inmigrante, cuando te encuentras en el exilio. El olor a castañas asadas, el intenso sabor de un panecillo con sésamo, la brisa marina en la cara, todo ello me trae a la memoria esos recuerdos de mis orígenes perdidos.

Cuando empecé a escribir mi última novela, me pregunté qué recuerdo me habría llevado de Estambul si hubiese sabido que no iba a volver. La respuesta fue que me habría llevado un árbol, un retoño que pudiera plantar en Londres. Me habría encantado cuidar de un ser vivo cuyas ramas, ansiosas de libertad, se alzarán hacia el cielo azul, mientras sus raíces, su misma esencia, siguieran perteneciendo a Estambul. ♥

Tendencias

Un alma colectiva

Dicen que los amigos pueden ser como una familia, y la pandemia ha traído consigo una nueva forma de entender las excursiones grupales.

NO ES QUE ME ENCANTE PENSAR EN 2020, pero tengo recuerdos preciosos de los cinco días que pasé en Maine. Mi marido y yo planeamos el viaje por pura desesperación después de pasar lo peor de la cuarentena en Nueva York. Necesitábamos salir de la

ciudad, así que nos fuimos con nuestros dos mejores amigos al Parque Nacional Acadia a desconectar el móvil y respirar aire fresco.

Aún más que este descanso, nos necesitábamos mutuamente. Esta intimidad fue como un bálsamo tras tanto aislamiento. Desde que llegamos a la cabaña con nuestro coche de alquiler, notamos cómo dejábamos atrás un mundo que se había vuelto del revés. Comimos langosta fresca en el porche cubierto, hicimos senderismo y procuramos distraernos todo lo posible. Compartir estos momentos de alegría de nuevo fue terapéutico, y nos propusimos mantener la tradición del viaje a Maine.

“El último año y medio ha sido un momento de fortalecer las amistades más íntimas. Nos preguntamos mucho más con quién queremos conectar de verdad”,

Foto: Sony Pictures Classics. Ilustración: Karlotta Freier.



explica la doctora Miriam Kirmayer, psicóloga clínica de Ottawa. Para quienes han podido formar un grupo burbuja para viajar, encontrar formas de socializar con seguridad ha sido un ancla entre tanta incertidumbre. Y mientras aumenta la libertad de movimiento, los viajes con amigos son una forma excelente de mantener esta cercanía a largo plazo. “Viajar es una oportunidad para conectar. La colaboración y un objetivo común dan una fuerte sensación de unidad”, añade Kirmayer.

John Clifford, especialista en viajes de *Condé Nast Traveler*, selecciona viajes para personas LGBTQI+. Desde la llegada de las vacunas, ha apreciado un aumento en la cantidad de grupos de amigos que buscan escapadas a lugares seguros y apartados que les aporten experiencias compartidas memorables. “Los viajes grupales no son nuevos, pero la pandemia ha hecho que se reimaginen y redefinan, y ahora se han convertido en una forma profunda de conectar con otras personas”, explica Clifford. “Viajar es importante porque nos ayuda a juntarnos. Ya no viajamos solo por ir a sitios”.

Este mismo año ha organizado un viaje para dos amigos y sus familias, que llevaban tiempo sin poder verse por los cierres fronterizos, una escapada de surf en el complejo turístico Del Coronado, en San Diego. Las caravanas también han tenido un éxito sorprendente. A la gente le encanta pasar el rato en lugares al aire libre, como el Parque Nacional de Árboles de Josué, cocinando sobre una hoguera, contando historias junto al fuego y cenando en pleno desierto, experiencias que es normal querer vivir una y otra vez. Kirmayer concluye que “los rituales son tremendamente importantes. Para alguna gente puede ser el hecho de irse de viaje una vez al año, pero hay muchas formas de imitar las sensaciones y experiencias de viajar en compañía”. Mi viaje grupal a Maine me ayudó a darme cuenta del enorme valor de las amistades que aún me ayudan a soportar estos tiempos extraños y difíciles. “Ha habido gente que me ha dicho que el viaje le ha permitido tocar a su mejor amigo por primera vez en dos años”, cuenta Clifford. “Estar con amigos en un lugar seguro ya es una terapia de efectos mágicos”. LALE ARIKOGLU

PARA VIAJES EN GRUPO

Bishop's Lodge, Auberge Resorts Collection

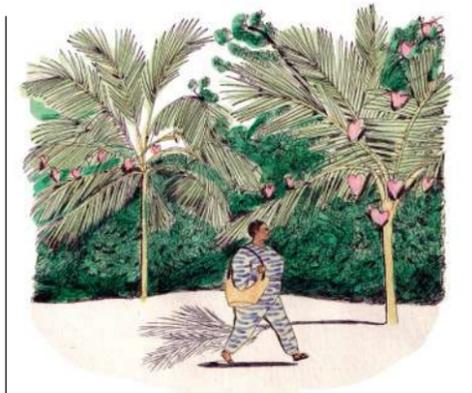
En este complejo turístico de Nuevo México hay una residencia privada de 12 habitaciones llamada The Bunkhouse. Tiene espacio para hasta 36 personas y una enorme chimenea de piedra de dos pisos de altura. Preparaos para pelearos por la habitación principal, que tiene su propio porche cubierto (tres noches desde 8.084€; auburgeresorts.com).

AutoCamp

Estos lugares de escapada de inspiración natural son como campings para caravanas con un estilo muy particular. El del Parque Nacional de Joshua Tree es asombroso: sus hogueras comunitarias, piscina calefactada y bar de cócteles no te dejarán indiferente (caravanas desde 315€; autocamp.com).

Collective Retreats

Esta empresa de glamping de lujo tiene ubicaciones desde Montana a Manhattan, pero el lugar favorito de Clifford es el del rancho Vail, donde hay una variedad enorme de actividades al aire libre, desde rafting hasta catas de vinos, pasando por rutas a caballo (desde 286€ la noche; collectiveretreats.com).



Historia real

AMOR VACACIONAL

ASHLEY TATE-GILMORE, EXDIRECTORA DE LA OFICINA DE VIAJES DE LA CASA BLANCA EN LA ERA DEL PRESIDENTE OBAMA Y DIRECTORA DE LA EMPRESA DE ASISTENCIA EN VIAJES FORTIS GLOBAL, NOS HABLA DE CÓMO SE ENAMORÓ MIENTRAS ESTABA DE VACACIONES.

Mi madre falleció en mayo de 2018. Teníamos muy buena relación y, cuando ocurrió, pensé que ella no querría que me quedara en casa lamentándome. Poco después, hablando con Joshua, uno de mis mejores amigos, que siempre está viajando a Jamaica, me dijo: “Ash, te voy a mandar los billetes. Vamos a hacer esto”. Y así acabamos en Jamaica. Estábamos un día en la playa, buscando una lancha para salir a dar una vuelta, cuando de pronto se nos acercó un hombre y nos ofreció un paseo en una. Aceptamos encantados, y él me llamó “preciosa” y nos dijo que nos dejaba montar cuando quisiéramos. Se llamaba Kevin, nos dio su número y acabamos saliendo con él en lancha unos días más tarde. Resultó ser el dueño de la empresa de alquiler de embarcaciones. En aquel momento yo no estaba buscando nada, pero nos caímos genial aquel día. Nos pasamos el resto del viaje juntos y, dos semanas después de llegar a casa, cogí un avión a Jamaica para verle de nuevo. En tres meses nos habíamos prometido y nos casamos en Bahía Montego nueve meses después del compromiso.

Encontrar el camino

Cuando perdió a su prometida en Cachemira, el experto en turismo de aventuras Jonny Bealby transformó su dolor en una vida itinerante.

E

RA OCTUBRE DE 1989 y estábamos en un barco en el lago Dal, en Srinagar. Nos habíamos prometido en Bangkok y habíamos seguido viajando por Chiang Mai y las islas tailandesas, un viaje precioso en los tiempos en los que Koh Tao solo tenía unas pocas chozas. Recuerdo un atardecer en Koh Phi Phi en el que el cielo entero se encendió en tonos naranjas. La gente paseaba por allí en un silencio reverencial. Melanie era una de estas personas de alma antigua, un espíritu aventurero que me entendió por instinto casi desde el momento de conocernos, unos cinco años antes. Teníamos 25 años y la felicidad profunda y sin complicaciones de dos personas libres y enamoradas.

Llegamos a Cachemira desde Delhi tras un agotador viaje de 36 horas en bus, pero enseguida nos acostumbramos a la vida en el precioso barco de madera oscura junto a los Nadroos, una familia de la zona. Nos despertábamos cada mañana con las vistas del lago y del Himalaya de fondo. Se acercaban barquitas a vender flores y pashminas, y siempre nos asomábamos a regatear y llevarnos algún anillo de topacio o dulces recién hechos. Nos pasábamos los días caminando y explorando. Vimos la Mezquita del Viernes con sus imponentes torres de madera, las

calles estrechas del casco antiguo por las que pasaban carros y caballos, como las de Londres antes del gran incendio. En las tardes más frescas, los Nadroos encendían una hoguera en el barco junto a la que nos sentábamos para cenar paneeer fresco, aloo gobi y arroz amarillo con azafrán de los campos cercanos.

Llevábamos unas semanas allí. Era una tarde más y, como todas, le dije que la quería. Nos dormimos con el sonido del agua contra el casco del barco y el canto del almuédano llamando al último rezo del día. Cuando me desperté, como a las seis o siete de la mañana, noté que algo no iba bien. Melanie, que siempre ha tenido un asma leve pero prácticamente ningún otro problema de salud, apenas podía respirar. Estaba inconsciente y ardiendo. Me entró el pánico y le eché agua en la cara porque eso hacen en las películas, pero no pareció tener ningún efecto. Había un policía alemán en el barco, y recuerdo ir corriendo a por él. Intentamos reanimarla, y todo lo demás es una nebulosa. Solo sé que en un momento dado lo supe. La tenía entre mis brazos y supe que ya no estaba.

No me dio tiempo a preservar el cuerpo, así que fui a buscar la iglesia católica y el cura me ayudó a conseguir que la incine-

rasen. Al día siguiente, en la pira, recogí las cenizas de la mujer con la que había querido pasar el resto de mi vida. Pero, por algún extraño motivo, tengo buen recuerdo de los seis días en Srinagar después de su muerte. Era como si siguiéramos los dos allí juntos, y entré en un modo que no sabía que tenía. Fue cuando volví a Inglaterra cuando todo se me vino encima. El mundo seguía como si no hubiera pasado nada, pero yo estaba solo en un páramo infinito de tristeza.

Dos años más tarde, me enteré de que había una granja en Kenya que buscaba administrador. Necesitaba algo en lo que concentrarme, así que empecé a hacer planes. Así empezó mi viaje en moto por África. Me absorbió tanto que ni siquiera me importó cuando el trabajo no salió al final. No sentía que estuviese huyendo, sino buscando algo nuevo. Cuando empecé a moverme, supe que al menos esta vez servía para algo.

En este largo camino hacia el sur, mi vida cambió radicalmente. Mi moto era una Yamaha Ténéré, y quería llevarla al desierto que le daba nombre. Así que me uní a un convoy de cooperantes franceses en Níger y recorrimos 400 kilómetros hacia el este desde Agadez, internándonos en sus grandes dunas.

Este fue solo uno de los viajes peligrosos de la aventura, pero tengo un recuerdo muy nítido de una tarde, mientras asábamos una cabra en la hoguera del campamento y bebíamos vino tinto, en la que el cielo se volvió de un color rojo intenso y brillante. Llevaba muchísimo tiempo sin sentir nada, pero entonces, por primera vez desde la muerte de Melanie, me sentí afortunado de verdad por estar vivo. Creo que, en cierta manera, ese fue el momento en el que solté mi dolor, y haber perdido a Melanie se convirtió en una fuente de fuerzas para mí.

Desde allí seguí dando la vuelta a África, primero hacia el sur hasta Ciudad del Cabo y después hacia el norte otra vez por el otro lado del inmenso continente. Siempre tuve la sensación durante ese viaje de que Melanie iba conmigo. Quería que estuviese orgullosa de mí. Tenía cierta responsabilidad de vivir por ella, pero también muchísima libertad. La vida llevaba tanto tiempo sin tener sentido para mí que correr riesgos había sido mi única forma de experimentar algo.

Esta sensación no llegó a desaparecer. Mi siguiente gran viaje, a la mítica Kafiristán, que se encuentra en una apartada región montañosa de Afganistán, lo organicé por el libro de Rudyard Kipling, *El hombre que llegó a ser rey*. Fue el primero que me regaló Melanie. Allí conocí a varias personas *kalash*, una de las cuales me animó a llevar más gente a aquel rincón del mundo tan precioso. Y así nació mi agencia de viajes, Wild Frontiers.

Sigo sin saber cómo ni por qué murió Melanie, aunque desde entonces he leído varias cosas sobre el síndrome de la muerte súbita, que suele afectar a personas de veintipocos años y de mediana edad. Nunca sabré cómo habría sido mi vida si nos hubiéramos despertado como cualquier otra preciosa mañana en Cachemira. Pero sé que lleva conmigo desde ese día. Y también sé que, si no hubiera fallecido, yo nunca habría tomado las decisiones que tomé, que me acabaron enseñando que la gente casi siempre tiene buen corazón y que los lugares que parecen más peligrosos suelen ser los más acogedores. En muchos sentidos, su muerte me enseñó a vivir.

Arriba, Bealby con su moto en el desierto del Sáhara de Argelia en 1991. Jonny Bealby, especialista de *Condé Nast Traveler*, es el fundador de la empresa de tours de aventuras Wild Frontiers y el autor de varios libros sobre África, India, Pakistán, Afganistán y Asia central.

LOVE
TRAVEL Ruta para dos



OLGA & ALEX
POLIZZI

Olga es interiorista, hotelera y directora de diseño para Rocco Forte Hotels. En 2021 abrió, con su hija Alex, su primer hotel en Sussex Oriental, The Star.

“Nuestra relación funciona porque tenemos habilidades diferentes. Mi madre es la que diseña, y yo soy más operativa, pero nos respetamos muchísimo. Es la mejor socia de negocios que se podría desear”, dice Alex.

“Acaba de volver de Verdura Resort, un hotel de Rocco Forte cerca de Palermo, y dice que es una maravilla. Mi sitio favorito en el que pasar las vacaciones cerca de casa es uno de los alojamientos modernos del Gilpin Hotel en el Distrito de los Lagos”.

ASHLEY CIMONE &
MOYA ANNECE

Estas amigas llevan la marca Ashya y crean accesorios de viaje de cuero, desde fundas para pasaporte hasta bolsos tipo bandolera. Este año, sus productos estarán disponibles en dos de los emblemas del lujo en Nueva York: Saks Fifth Avenue y Nordstrom.

“La clave de nuestra colaboración es el amor y el respeto que nos tenemos.

Ser amigas nos ha ayudado a superar los obstáculos de gestionar una empresa juntas.

Nos encanta quedarnos en el hotel Santa Monica Proper. La diseñadora Kelly Wearstler ha conseguido crear unos espacios muy creativos, y llenos de texturas. También nos gusta mucho viajar a Jamaica, donde hemos encontrado un lugar de redescubrimiento, bienestar y felicidad”.



Fotos: Maggie McCall, Ashley Cimone y Moya Annece, D.R.



JORGE BERNALDO
DE QUIRÓS

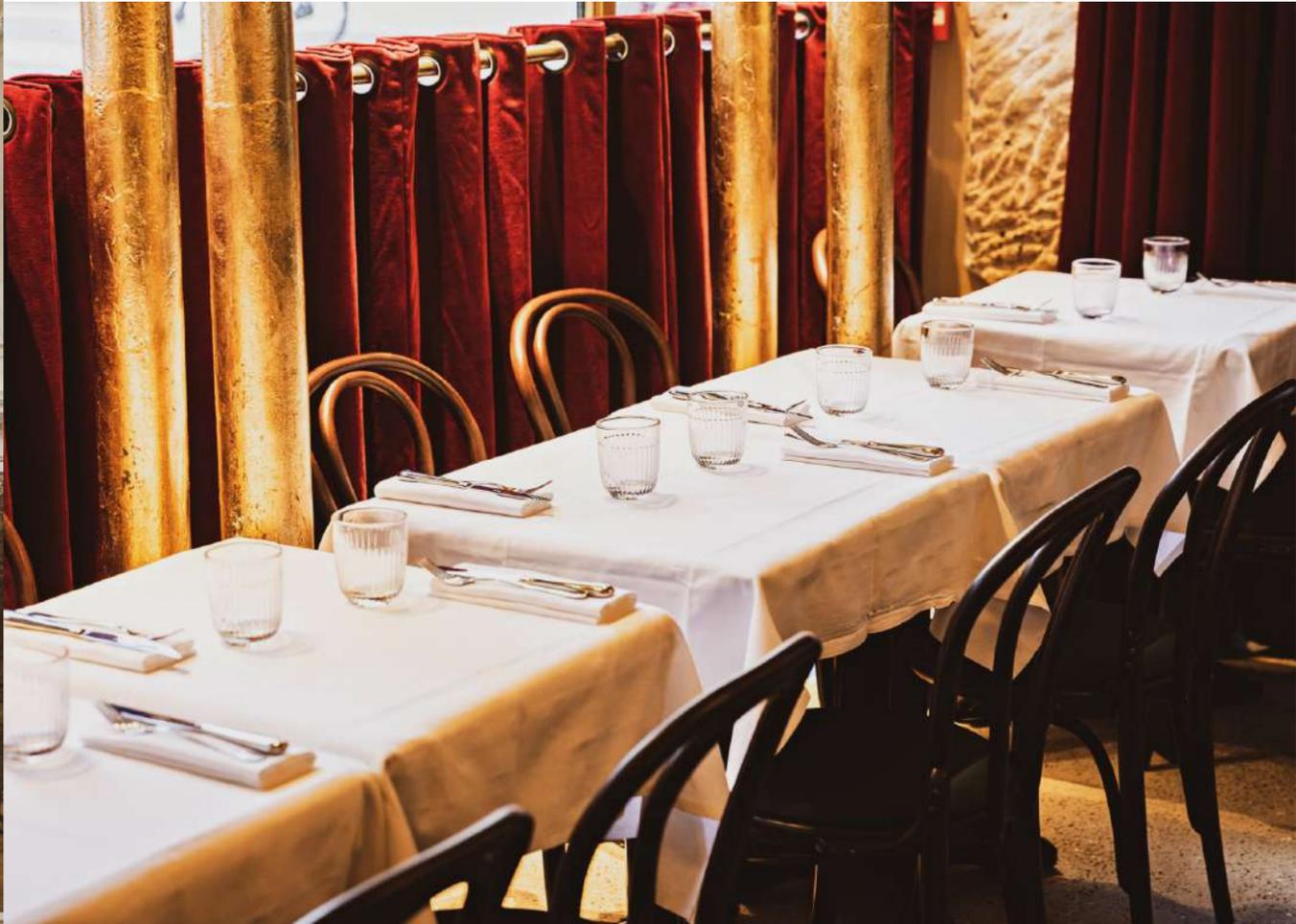


JONA ANSIPOROVICH

La pareja regenta con mimo un cottage, Recoveco House, en Los Molinos (Sierra de Guadarrama, Madrid), donde algunos huéspedes se han convertido en buenos amigos.

“Lo nuestro con esta casa fue amor a primera vista. Siempre hemos sido amantes de lo antiguo, de lo irrepetible”, recuerda Jorge.

“Nos encanta viajar, es el plan que más disfrutamos en pareja. Con la pandemia nos hemos dado cuenta de que es una necesidad y no solo un placer”, cuenta Jona. “En un hotel buscamos carácter y alma. Lo primero puedes apreciarlo en las fotos, el alma lo sientes cuando estás allí”.



Cita doble con París

Rick Steves vuelve a la Ciudad de la Luz a dar un largo paseo con la persona a la que ama.



HAY UN RINCÓN DE PARÍS, en la Isla de San Luis, al que me encanta ir a compartir *macarons*. Soltar el lazo de la cajita y compartir los dulces es el comienzo perfecto de una tarde romántica con mi pareja de viaje favorita, mi novia, en la ciudad que más me gusta del mundo.

Disfrutamos de nuestros coloridos bocados con los pies colgando sobre el río Sena. A nuestra espalda se alza imponente la catedral de Notre Dame, reconstruida tras el terrible incendio, un testimonio del compromiso de esta ciudad con su patrimonio. Ante nosotros se extienden puentes construidos en honor a reyes y emperadores, con sus medallones que brillan con el sol de mediodía.

París es una ciudad pensada para caminar de la mano con la persona adecuada. Allí mismo, en la Isla de San Luis, nos paramos en un parque a contemplar los nenúfares del estanque. Oímos de fondo el sonido de las bolas de petanca al chocar entre sí y las risas de los ancianos. Como si estuviéramos metidos en

Fotos: Madame Réve (D.R.), Museo Carnavalet (Cyrille Weiner), Café Lignac (Yann Deret).

un cuadro de Monet, vemos a unos niños que empujan sus barcos de juguete por el agua con palos.

Aprovechamos esta oportunidad de convertirnos en parisinos durante un rato y procuramos unirnos a la cotidianidad, encajar. Paseamos por un mercado callejero que nos recuerda a lo mucho que esta ciudad es en realidad una colección de barrios muy diferentes entre sí. Compramos fresas en el mercado y miramos con interés los innumerables quesos de cabra que tienen expuestos en unos estantes en la acera frente a una quesería.

Las dos sillas de ratán y la mesita que vemos libres en la terraza del restaurante de la esquina nos llaman la atención. Comprobamos que sí que nos gustan los caracoles, al menos si llevan suficiente ajo. El sonido crujiente y agradable del cuchillo cortando una baguette nos avisa de la llegada de otra cestita de mimbre hasta arriba de rebanadas de pan, con las que mojamos esa deliciosa salsa de mantequilla. Cuando llega el postre, disfrutamos del sonido de la cucharilla al atravesar la superficie caramelizada de la *crème brûlée* antes de paladearla lentamente. Nos acomodamos en las sillas y paramos un momento a reflexionar entre sorbitos de pastis, ese anís francés que exige atención y disfrute. Tan parisino todo.

Después subimos las escaleras de Montmartre y buscamos sitio en lo alto. Desde aquí se ve la ciudad entera. Hablamos sobre cómo hubo varias generaciones en las que las personas que disfrutaron de estas vistas fueron las de la periferia,

©
Rick Steves es
escritor de viajes y
fundador de Rick
Steves Europe.
Siempre dice que
París es la ciudad
más romántica del
mundo.

los bohemios de cada tiempo. Hay cierta sensación de comunión en este lugar. Nos abrazamos, y a nuestro alrededor lo hacen también todas las personas desconocidas que han elegido las escaleras del Montmartre para pasar la tarde. Somos de distintas generaciones y nacionalidades, hablamos idiomas diferentes, pero hay una unidad entre nosotros, esa intimidad que da estar compartiendo historias de amor con París.

El sol se pone tras el horizonte más impresionante de Europa y la Ciudad de la Luz empieza a encenderse. Las calles se iluminan y un distrito tras otro queda bañado en luz. Como si estuvieran conectados al mismo regulador, todos los monumentos brillan con más intensidad a la vez. Y entonces, a la hora en punto, mientras suenan las campanas, se enciende la Torre Eiffel como una constelación en el cielo parisino.

Guardamos los móviles, agradecidos de no tener más planes que estar juntos. ♥

A solas

Suketu Mehta habla de sus momentos de soledad y añoranza y de la compañía de la literatura.



ALGUNA VEZ TE HAS DESPERTADO a las tres de la mañana en una habitación de hotel y te has puesto a reflexionar sobre el propósito y el rumbo de tu vida? Lo mejor y peor que se puede hacer después de una ruptura es viajar a solas a un lugar totalmente nuevo...

KYOTO

Japón es un sitio de templos, tempura y viajes a solas. Me siento en los jardines zen a contemplar la armoniosa combinación de agua y roca hasta que no puedo más. Miro hacia arriba, y el cielo melancólico sobre Kyoto refleja cómo me siento. Ya dijo el pintor John Constable que el cielo es el órgano principal del sentimiento.

Hago planes para mis tres días de soledad: tres comidas y cenas por mi cuenta. Camino junto al río sin rumbo. Paro en una librería, veo un título sobre Venecia y pienso que mi ex podría estar allí. Podría estar en Europa, invitada por su amante, y yo aquí solo y sin amigos en esta ciudad tan húmeda. La última vez que hablamos mencionó una playa. ¿Sería Sicilia? ¿España? Yo también tuve una amante europea hace un tiempo, y me llevó a la casa de su familia en la Francia profunda. Recuerdo que encendimos la chimenea y bebimos coñac, yo hice curry con chantrelas. Por la mañana siempre había gorriones revoloteando junto a las ventanas de la habitación de su abuelo.

Me paso la noche con el móvil en la cama del hotel. Preferiría que fuera un libro, pero se me ha olvidado traérmelo. Así que escribo mis diarios. Ser escritor es mirarse por dentro todos los días, y es algo que te cambia. No voy a sentirme bien con esta ruptura hasta que encuentre

esposa. Entonces pienso un poco más. Tengo a más gente que me quiere. ¿Por qué le doy tanta importancia a esto?

BUDAPEST

Sábado en Budapest, me pongo a hacer los planes del día. Primero una ducha, después recargar el móvil, ir al mercado, comerme un lángos o un falafel, echarme una siesta, ir a un concierto de jazz al aire libre, puede que ver una peli, hablar con mis hijos y después a dormir.

Me subo a un barco que recorre el Danubio una noche de fuegos artificiales y me doy cuenta de que soy la única persona que va sola entre un montón de familias rusas. No me importa demasiado. Este podría ser un buen sitio para vivir la vida europea, casi solo, quedando de vez en cuando con algún conocido. El resto del tiempo podría dar paseos largos, leer, ver la tele y buscar sitios en los que cenar solo.

Las prostitutas me identifican enseguida. Una de ellas debe de tener poco más de veinte años, toda arreglada con un vestido azul, con las uñas verdes y un bolso de cuero blanco, se me acerca por la espalda y me sobresalta al saludarme. Le devuelvo el saludo levantando la vista del móvil.

—¿Quieres sexo? —me dice.

Ay, si yo te contara...

—No.

En medio de la noche, me despierta un portazo. Veo una luz que parpadea en la pared, justo encima de mí. Seguramente solo sea la alarma de incendios. Pero ¿y si es una cámara de vigilancia? ¿Qué grabaría si lo fuera? Un hombre indio de mediana edad escribiendo, leyendo, rascándose la entrepierna, masturbándose por las mañanas nada más despertarse. Mis supuestos vigilantes se aburrirían y acabarían deseando que hubiera alguien más en esa cama.

Me voy de Budapest, claramente en el momento adecuado.

BERLÍN

Hace un día precioso y el sol entra en el estudio más perfecto del mundo. Una cama, un escritorio, fogones y fregadero, una mesa de comedor y un baño con ventana que da a un patio bañado por el sol en Kreuzberg. Si no tuviera el corazón roto estaría tan feliz. Escribiría muchísimo: una carta a casa, a mi amor, y después algo para mi lector: el eco distante de un corazón afín.

El teléfono suena dos veces y para, podría ser ella llamándome desde Nueva York. Íbamos a venir aquí juntos, pero rompimos la semana anterior. Ella estaba intentando acostumbrarse a estar sin mí. Yo fui bastante tajante y le dije que no me llamara.

Es sábado por la noche y no puedo dormir. No paro de pensar en qué estará haciendo ella. Empiezo a hacer otra vez lo de torturarme imaginándome cada detalle de su vida. Aquí son las tres de la mañana, así que en Nueva York serán las nueve de la noche, estará yéndose a la cama con su amante nuevo.

Esa. Mujer. No. Te. Conviene.

Me escribe la mujer brasileña estupenda a la que dejé el año pasado por la estadounidense que resultó no serlo tanto, y me hace sentir aún peor. Tendría que haberme quedado con ella. Fue todo culpa mía. Me pongo a pensar en bucle en todas las mujeres con las que he estado, en todas las relaciones que he estropeado. Me paso esas horas de la madrugada siendo mi pro-



pio terapeuta, confesor y carcelero. Tengo 51 años y estoy sin lectura nueva y sin pareja. Tampoco hay wifi, así que al menos no estoy absorto con el móvil. Solo me he traído un libro: *La maravillosa vida breve de Óscar Wao*, de Junot Díaz, que va de desamor continuo. Díaz me habla en este momento tan oscuro, me guía. Esto es lo que hace la ficción, salvar vidas. Esto es lo que quiero escribir, algo que haga que una persona, desvelada en una habitación de hotel en la otra punta del mundo, recién salida de una ruptura, soporte esa noche.

Me prometo a mí mismo en ese momento que, cuando sea viejo, incluso si no puedo escribir, volveré a leer ficción. ♥

Suketu Mehta, originario de India, vive en Nueva York. Es el autor de 'Ciudad total: Bombay perdida y encontrada', que fue finalista del Premio Pulitzer 2005.

Encuentro en Oporto

Inés Martín Rodrigo, Premio Nadal
2022 por 'Las formas del querer'.

LLEVABA MUCHO TIEMPO persiguiendo a aquel escritor esquivo, con alma de Pessoa, que respondía a mis correos electrónicos a deshora —cuando lo hacía— y podía pasarse semanas sin respirar, al menos públicamente. No es que su obra me gustara especialmente, al menos que yo recuerde, pero, sin saber el motivo, un poco por capricho, supongo, conseguir una entrevista con él se había convertido ya en una de mis obsesiones personales, de esas que tiendo a acumular por docenas anualmente casi a modo de 'hobby', como quien se lleva de los bares los posavasos. El director de la revista para la que entonces trabajaba me había dado por imposible, y me dejaba hacer y deshacer a mi antojo a ese respecto, y sólo a ese. Siempre y cuando, eso sí, las gestiones para que el ansiado encuentro entre nosotros se produjera las llevara a cabo fuera de mi horario laboral. Y eso hacía. Cada día, al llegar a casa, bajaba a Jarvis, que recibió su nombre por el músico de apellido Cocker, autor de *Common People*, la única canción que consigue ponerme a bailar, y, al subir, encendía el portátil con la vana esperanza de que mi autor preferido, fantasmal, dijera algo, lo que fuera. Los meses se fueron sucediendo, el tedio me embargó, también la desesperación y hasta un enfado morrocotudo conmigo misma, única culpable del berenjenal en el que me había metido. Hasta que un martes de los cuatro que suele tener el mes de noviembre, contestó. En el e-mail, que abrí como si fuera un mensaje encriptado del MI5, me decía que el fin de semana siguiente tenía previsto pasar por Oporto (¡Oporto!), y que allí nos veríamos. Lo dio por hecho. Sin más, ni menos, explicación. Y yo lo acepté, sin más, ni menos, dudas. Mi jefe, que no

sabía muy bien quién era aquel escritor y tampoco le importaba mucho, estoy segura, me dijo que adelante —a esas alturas no podía decirme otra cosa, claro— y me pasó el contacto de una fotógrafa *freelance* que 'se movía' por Portugal —como si en vez de un país fuera una ciudad de provincias—. Llamé a L. convencida de que no daría con ella, de que aquel día tendría un compromiso, una boda, una comunión, qué sé yo, cita con el dentista. Pero L. estaba libre y no le importaba acercarse a Oporto —vivía en Esposende, frente al océano— para aquel encargo.

Llegué al hotel que había reservado, a orillas del Duero, justo enfrente de Vila Nova de Gaia, hambrienta, después de las cinco horas y media en coche —no me gusta volar, no es una fobia, simplemente una elección—, y me senté en la terraza que más libre de turistas encontré, al sol. Era una taberna marinera que llevaba gente de allí. Comí el menú del día y al acabar, me sirvieron una copa de Oporto cortesía de la casa. Al levantar la cabeza tras dar el primer sorbo, la vi. L. llegó en una moto que yo supuse era de gran cilindrada, pero que luego ella me aclaró que era 'normalita', 'del montón'. No la conocía, nunca la había visto, pero supe que era ella. Y también supe todo lo demás. En ese instante, en ese preciso instante. Fui consciente de que, al día siguiente, a las 12, en el Café Majestic, no acudiría a mi cita con el escritor esquivo con alma de Pessoa. Supe que no respondería a sus llamadas —en algún momento de nuestra intermitente correspondencia debí darle mi teléfono—, y que hablar con él, conocerle, verle en persona, escudriñar su interior, no me importaba lo más mínimo, porque mi vida ya sí tenía sentido. Siempre he sido muy reservada, poco expansiva en lo social, bastante introvertida y tímida, pero nada de toda aquella amalgama de características personales impidió que me acercara a L. con confianza, con la certeza de que, al verme, tras quitarse el casco, ella sintió lo mismo que yo y supo, también, todo lo que yo supe. Y así fue. Nos pasamos el fin de semana recorriendo las empinadas calles de Oporto, que ella conocía como la palma de su mano. Me llevó a restaurantes ocultos detrás de cortinones terciopelo, a bares en los que nosotras, milagrosamente, éramos las únicas foráneas. Me habló de su vida, de cómo había acabado viviendo en un pequeño pueblo de la costa atlántica, huyendo de una infancia tan traumática que terminó prolongándose hasta su temprana madurez. Me explicó su fascinación por la fotografía, por las imágenes que le habían permitido crear su propio marco de la vida, inventarse otra realidad, más bonita, menos oscura, luminosa. Y me besó. Me besó tantas veces que tuve miedo de que no hubiera un nuevo beso, de que al día siguiente, al despertar en la habitación del hotel, ya no durmiera a mi lado, de que su mochila hubiera desaparecido del butacón y su moto ya no estuviera aparcada en la calle. Pero nada de eso pasó. L. se quedó conmigo, y conmigo continúa. De aquel viaje a Oporto hace ya seis años. A los pocos meses de conocernos, decidí trasladarme con ella a Esposende. Mi madre tuvo un 'microinfarto' cuando se lo dije y mi padre se echó a reír. Dejé la revista y el periodismo, y me puse a escribir, cosa que no he dejado de hacer ni un solo día desde entonces. Lo hago siempre en el mismo sitio, en una mesa de madera que L. me colocó en el desván de la casa que me dejó habitar junto a ella, hasta que la hicimos propia, común. Y aquí sigo, aquí estoy, escribiendo este relato que espero tenga un final feliz, pues hoy, durante el desayuno, mirando a nuestro océano, le pediré que se case conmigo. Y ella dirá que sí. Estoy segura. ♥

Foto: Alex del Río.

